

Antagonismos a la luz

Carmen Martín de León

[ANÁLISIS 2 (2000/2), 19-33]

Al final de este siglo asistimos a la crisis de nuestra identidad política junto a una indiferencia masiva respecto de los asuntos políticos. Lo político no moviliza, el ideal democrático se identifica con el capitalismo democrático y su dimensión política con el estado de derecho. ¿Hemos llegado tal y como diagnostica la postura postmoderna al final de la historia? *El retorno de lo político* se resiste a llegar a esta conclusión, entendiendo que aún es posible un proyecto que, desde la izquierda entendida como democracia radical y plural, recupere lo político, devolviendo para esto los antagonismos al espacio de la discusión pública.

Devolver las diferencias al espacio de la política no tiene sentido si con ello se pretende hacerlas desaparecer diluyéndolas en la gelatina transparente y uniforme de un acuerdo ideal. Es preciso, por tanto, no caer en el sueño habermasiano de un consenso sin fisuras en el que poder despertar el mito de una sociedad transparente. Se ha de abandonar la pretensión de una política en la cual desaparecen los conflictos, debido a que la especificidad de la democracia liberal no es la ausencia de dominación y violencia, sino el establecimiento de un conjunto de instituciones a través de las cuales sean limitadas y enfrentadas las diferencias.

El retorno de lo político dibujará un panorama alternativo para el desarrollo de la actividad política, señalando en él cuáles deban ser los espacios para la exclusión, para la discusión o para el consenso con el otro. Se ha de entender, en todo caso, que estos tres espacios son constitutivos de la identidad política democrática y que la ausencia de alguno de ellos pone en peligro la posibilidad misma de la democracia.

El espacio del consenso, constituido por los principios de libertad e igualdad, es aquel que representa la condición de posibilidad de las diferencias interpretativas y su enfrentamiento en el espacio de la discusión política. Es éste el campo de la asociación política y, tal y como se recoge de las tesis de Carl Schmitt, en este campo no pueden coexistir los principios antagónicos de legitimidad, esto es, es éste un ámbito en el cual no caben las



Chantal Mouffe

El retorno de lo político.

Comunidad, ciudadanía,

pluralismo, democracia

Barcelona: Paidós, 1999.

posiciones contrarias, pues de la asunción de estos principios de libertad e igualdad depende que el juego interpretativo pueda tener lugar, ya que los valores democráticos se presentan como la gramática, como las reglas del juego que permiten, toda vez que son aceptadas, que lo político entendido como *polémos* pueda retornar en el marco de la democracia. Para entrar pues en el ámbito de la discusión democrática, es preciso aceptarlos en tanto que son los principios de nuestra tradición, aquellos que conforman la especificidad de la sociedad moderna. Estos principios, dado que su validez es relativa al régimen democrático, en la medida en que no sea posible el reconocimiento de legitimación constitutiva del advenimiento de la forma democrática de la sociedad, no serán susceptibles de justificación racional. Es por tanto necesario abandonar el proyecto epistémico de autofundación del ideal ilustrado, salvando sin embargo, su proyecto político de autoafirmación.

El espacio de la discusión es aquel que abarca las diferencias interpretativas de los principios democráticos. Es el espacio de lo político entendido como polémica, como el campo agonístico en el que las posiciones han de ser enfrentadas. Un espacio que por ser específicamente político ha de ser engrosado a través de la multiplicación de posiciones de sujeto, logradas a partir de equivalencias reivindicatorias de grupos que hasta el momento han sido marginados.

Por último, el espacio de la exclusión, es el «afuera» de la democracia, un «afuera» en el que «lo otro» constituye el enemigo en la medida en que no comparte las reglas del juego democrático. El fenómeno de lo político, advierte Carl Schmitt, no se entiende fuera del contexto de la posibilidad siempre presente de agrupamientos enfrentados en términos de amigo/enemigo. Las formas antagónicas nunca desaparecerán, pues el conflicto y la división son inherentes a la política, y a lo sumo será posible llegar a posibles acuerdos parciales y provisionales, pues todo consenso se basa en actos de exclusión. Es preciso darse cuenta de que nuestro lenguaje compartido está enmarañado con el poder y debe ser aprehendido en términos de relaciones hegemónicas, y admitir entonces que ya no es posible excluir en nombre de una razón universal.

Al abandono de una justificación racional en el ámbito trascendental de los valores democráticos acompaña una pérdida de identidad política, pues en tanto que se priva a la democracia de una fundamentación intelectual las instituciones son percibidas como meras técnicas instrumentales que carecen del tipo de adhesión que garantiza la participación efectiva. Tratar de dar una nueva fundamentación racional no puede ser empero ya el modo de legitimación, pues en las sociedades en las que se ha producido la revolución democrática, y que por este motivo están expuestas, tal y como señala Claude Lefort, a la «disolución de toda marca de certeza», es preciso repensar la política democrática de tal manera que deje espacio al pluralismo y a la libertad individual.

Las
democr
irracio
munida
háce de
y del m.

Fren
universi
cepción
articula
la partic
conquis
so la sep
compre
leza de l
moderna
nía. En
ciudadan
les, sin q
individuo
mo cívico
la inserci
go de mo
pluralismo

A la re
cede la int
democraci
como «lib
pación pol
y que enc
será entendi
dad polític
común sus
del recono

Sin en
con la críti
liberal dem
siglo XIX, s
mente hete
tuye el elem
dida en que
algo inheren

Las dificultades de legitimación en la que desemboca el enfoque de una democracia radical y plural que ha trazado los límites de lo racional y lo irracional, tratan de superarse desde una redefinición de «ciudadanía» y «comunidad», elaborada a partir de la crítica que la hermenéutica postmoderna hace del universalismo abstracto ilustrado, del concepto de totalidad social y del mito del sujeto unitario.

Frente al universalismo abstracto de la ilustración que dota a un sujeto universal de los atributos de libertad e igualdad, se postula una nueva concepción de «ciudadanía». Ésta abandona el mito de un sujeto unitario, y se articula en el intento de una nueva conjunción entre la libertad individual y la participación cívica que permita recuperar lo político sin renunciar a las conquistas de la revolución democrática: la ganancia de libertades que supuso la separación entre el dominio de la moral y el de la política. A esta nueva comprensión de ciudadanía ha de acompañar un nuevo enfoque de la naturaleza de la «comunidad política» que, en las condiciones de la democracia moderna, supere el concepto liberal y el concepto republicano de ciudadanía. En este sentido, se recupera la formulación liberal de la idea de un ciudadano universal basada en la afirmación de que todos son libres e iguales, sin que esto se limite a un estatus legal que establece los derechos del individuo frente al Estado, y a la vez, se recoge el valor que el republicanismo cívico confiere a la participación política, y el énfasis que da al papel de la inserción en una comunidad política, sin concebir esta última sin embargo de modo esencialista y por ello incompatible con la democracia y el pluralismo.

A la reformulación antiesencialista de «ciudadanía» y «comunidad» precede la interpretación de los principios de libertad e igualdad propia de una democracia radical y plural. Por una lado la libertad habrá de ser concebida como «libertad política», una libertad que incluye ya los ideales de participación política y virtud cívica sin postular una concepción de la vida buena y que encontramos presente en Maquiavelo. Y por otro lado, la «igualdad» será entendida como la identificación que tiene el ciudadano con la comunidad política, con aquella asociación que no postula la existencia de un bien común sustancial y en la que los participantes se relacionan entre sí a través del reconocimiento de la autoridad de ciertas condiciones de acción.

Sin embargo, esta solución que enlaza democracia y liberalismo se topa con la crítica de Schmitt, que considera que no puede ser viable un régimen liberal democrático, pues la articulación de este híbrido que tuvo lugar en el siglo XIX, se caracteriza por la unión de dos principios políticos absolutamente heterogéneos. A juicio de Schmitt el elemento representativo constituye el elemento no democrático de la democracia parlamentaria en la medida en que hace imposible la identidad entre gobernantes y gobernados, algo inherente a la lógica de la democracia.

Para sortear las críticas de Carl Schmitt, Chantal Mouffe propone la ubicación del pluralismo, que había sido relegado a la esfera privada y por ello desvinculado de aquello que debía representarlo y con lo que debía identificarse, en el espacio de la política. Se insertan en el juego democrático los antagonismos, salvando así la prioridad liberal del derecho particular sobre el bien común, si bien puntualizando, para no desembocar en las consecuencias de despolitización a las que el liberalismo ha dado lugar, que este derecho es sólo realizable en un tipo de sociedad con determinadas instituciones. De este modo, liberalismo y democracia se conciben en tensión, pero debido a una lucha interior respecto de prioridades, y no debido a una guerra entre alternativas. A la vez, se reconoce con Schmitt que, en la medida en que la democracia se fundamenta en la voluntad de preservar una forma de vida que nos es propia, se caracteriza por excluir de su esfera otras posiciones que no comparten sus principios, y por esto, se entiende que cualquier cierre será contingente y fundado en formas de exclusión.

Se ha de considerar sin embargo, que el proyecto de reconquistar el espacio político se enfrenta, al final de este siglo, con una dificultad, y es la de que el espacio de la política ha sido usurpado casi en su totalidad por el capital. Se hace imprescindible por este motivo, encontrar el modo de reconquistar el terreno si se pretende que lo político pueda retornar. A este respecto, Chantal Mouffe advierte que, no se debe confundir la tradición democrática con el proceso de modernización que se produjo bajo la dominación de las relaciones capitalistas de producción y, para evitar la confusión, define la democracia liberal pluralista como forma política de la sociedad que no consiste en articular democracia y capitalismo, sino que debe buscarse sólo en el nivel de lo político. Pero, ¿es acaso posible abstraer el liberalismo político como no contaminado del liberalismo económico? Y, en todo caso, en nuestras condiciones actuales, ¿es posible no contar con esta nueva dictadura del capital que, cada vez con más efectividad, considera a sus consumidores libres e iguales, en un mercado que sí ha logrado un ser humano universal? ¿Puede recuperarse lo político en una sociedad que ha hecho de la razón económica su base y fundamento? La esfera de lo político que se trata de recuperar ha sido, en la democracia moderna, secuestrada por la negociación entre grupos de poder que de hecho actúan al margen del parlamento. La política se ha convertido en una sombra de la realidad económica, de la que el sistema parlamentario ha acabado siendo sólo una mala fachada. A este respecto son proféticas las palabras de Carl Schmitt: «Seguro que hoy ya no existen muchas personas dispuestas a prescindir de las antiguas libertades, y en especial de la libertad de expresión y de prensa, pero sin embargo, ya no quedarán muchas en el continente europeo que crean que se vayan a mantener tales libertades allí donde puedan poner en peligro a los dueños del poder real».

C
relaci
son la:
la imp
peligr
es ente
ble de
cráticc
tos un
de disc
reconc
guaje,
der los
específ
Schmit
amigo:
más alt
que no
asedio
Pero, n
puede v
poder e
El p
mantien
de viole
liberali.
frentar:
vuelta d
reconqu
mite rec
e iguald
convier
cráticos
salizan y
cipios d
realizad
neidad e
sustanci
mercadc
logro de
frenar la
so de la l

Otro problema que se plantea es el de que, en la medida en que las únicas relaciones posibles con una alteridad que no comparte los mismos principios son las que se entienden en términos de amigo y enemigo, una vez reconocida la imposibilidad de universalismo y racionalismo, queda un vacío que pone en peligro toda propuesta de «razonabilidad». La solución de un bien común que es entendido como punto de fuga, como horizonte, señala un camino imposible de transitar, toda vez que lo racional es constreñido al ámbito de lo democrático. ¿Es posible, una vez abandonada la pretensión de alcanzar fundamentos universales, encontrar razonables otras formas diferentes de legitimación de discursos?, ¿es «razonable», sin pretender un consenso definitivo y global, reconocer en ese «afuera constitutivo» los principios de otros juegos de lenguaje, de otra gramática, de otra tradición?, ¿tiene sentido pretender extender los ideales democráticos una vez que éstos se entienden en el contexto específico de las modernas sociedades democráticas? Si, como se afirma con Schmitt, no hay otra forma de entender lo político más que en términos de amigo y enemigo, hemos de asumir que las sociedades democráticas no tienen más alternativa que aniquilar al enemigo, no mediante la argumentación dado que no existe esta gramática común, sino por procedimientos económicos: el asedio por el hambre, el bloqueo, etc., o directamente a través de las guerras. Pero, nos preguntamos si a estas alturas el móvil del ejercicio de la violencia puede volver a ser político, o si ya cualquier guerra se hará para preservar el poder económico.

El proyecto de una democracia liberal y plural que, por un lado ya no se mantiene en una posición universal que no se reconoce legitimada en un modo de violencia, y que por otro trata de recuperar la esfera de lo político que el liberalismo había transformado en una versión económica y moral, ha de enfrentarse con el problema fáctico de que la versión económica no parece tener vuelta de hoja. No puede, por tanto, prescindir del capitalismo en el intento de reconquistar el espacio político, pues ignorar al verdadero adversario, no permite reconocer que no todas las interpretaciones de los principios de libertad e igualdad pueden tener cabida en el espacio de la discusión. Pues el límite que convierte al otro en enemigo no es el de no comulgar con los principios democráticos, ya que como denuncia Schmitt en una versión liberal éstos se universalizan y se reducen a un mero estatus legal, sino el de haber realizado sus principios de un solo manotazo. Una vez que los valores de la democracia han sido realizados desde la economía del capital, que ha sabido encontrar la homogeneidad entre los consumidores, fundándose, esta vez sí, en un bien común y sustancial: maximización del beneficio, la historia parece haberse detenido, el mercado autorregulado prosigue su marcha, y como anuncia Mouffe, en el logro de sus principios asistimos a la desaparición de lo político. ¿Es posible frenar la maquinaria del capital a fin de reinstaurar la marcha hacia un progreso de la historia?